

Después de haber estado extraviadas en cintas magnetofónicas durante treinta años, en un olvidado anaquel de la biblioteca de Harvard, las Charles Eliot Norton Lectures de Borges, correspondientes a 1967 y 1968, se volvieron súbitamente accesibles a nosotros en una versión impresa (y también en un disco compacto, donde se oye el inglés algo anacrónico de Borges). Constituyen un excelente hallazgo. Borges se muestra en plena forma: ingenioso, lúcido, culto, auto-irónico. Y proveyendo estas conferencias del período en que su fama mundial lo convirtió en uno de los escritores más entrevistados hasta entonces, aun así no se repite a sí mismo (como haría en centenares de entrevistas posteriores, en las que a menudo responde a preguntas similares con las mismas palabras). Este es también un volumen cuidadosamente editado, a cargo de Calin-Andrei Mihailescu, con apropiadas anotaciones que lo convierten en un recurso más apreciable que las conferencias posteriores recogidas en *Borges, oral* y *Siete noches*.

Los títulos de las conferencias son: «The Riddle of Poetry», «The Metaphor», «The Telling of the Tale», «Word-Music

and Translation», «Thought and Poetry» y «A Poet's Creed». Borges comenta vastamente la antigua poesía inglesa y la épica de Homero, a Omar Khayyam y Edward Fitzgerald, a Keats, Joyce y Stevenson y Yeats, a San Juan de la Cruz y Rafael Caninos-Asséns, y su propia obra. Su desempeño es deslumbrante si consideramos que estas conferencias fueron impartidas sin poder apoyarse en notas —para 1967 Borges había perdido demasiada visión para leer un escrito— y que cita de memoria poemas y otros textos en diferentes lenguas. (En una nota al pie del ensayo que cierra el libro [148-59] el editor comenta que en 1976, durante una conversación con un crítico rumano —fue Matei Calinescu— Borges cita en su idioma original un poema rumano de ocho estrofas que aprendió de un compañero de clases en Ginebra, en 1916; su prodigiosa memoria también se evidencia en estas conferencias).¹ Pero es todavía más importante el hecho de que sus observaciones acerca de los temas de estas charlas han atravesado los años sin perder frescura y espontaneidad. Aunque fueran la destilación de una carrera como ensayista que ya databa de más de cuarenta años, la formulación de sus ideas en estas charlas parece nueva.

En la conferencia acerca de la metáfora, por ejemplo, no repite su criterio expresado tan a menudo tras la etapa ultraísta, de que hay sólo unas pocas metáforas esenciales (río = vida, mar = muerte, vida = sueño, mujer = flor y así por el estilo). En lugar de la postura conservadora expresada en otra parte (y que fue una reacción contra sus entusiasmos juveniles), aquí se preocupa por la función de la metáfora en el lenguaje y por las infinitas posibles variaciones en la manera en que la metáfora funciona. Cita un verso de Kipling, «A rose-red city, half as old as Time» [«Una ciudad color de rosa, con la mitad de la edad del Tiempo»], y comenta la «mágica precisión» de

¹ Mihailescu me ha aclarado que se confundió cuando redactó esta nota: no fue un poema en rumano sino un poema en francés, escrito por un poeta rumano, que fingía ser una traducción al francés de un original rumano perdido.

ese «half as old» (36). (Las notas del editor nos informan que Kipling está citando aquí del poema «Petra» de Dean Burgon, fechado en 1845, el cual a su vez se hace eco de un poema sobre Italia escrito por Samuel Rogers en 1828). Borges concluye el ensayo declarando que hay cientos o miles de tipos de metáforas poéticas, muchas de las cuales son variaciones de un pequeño número de fórmulas o modelos, pero a la vez que existen algunas metáforas (y «half as old as Time» parecería ser un ejemplo) que no encajan dentro de los modelos existentes. Termina la conferencia (el espíritu del joven ultraísta aún muy vivo en él) con la aseveración de que nos podría ser dado inventar metáforas «que no pertenecen, o que aún no pertenecen, a los modelos establecidos» (41).

La conferencia acerca de la traducción incluye una espléndida disertación sobre las versiones del poema «Noche oscura del alma», de San Juan de la Cruz, donde Borges comenta que la traducción de Roy Campbell del conocido verso «estando ya mi casa sosegada» —«When all the house was hushed»— «parece darnos de alguna manera la música propia del silencio» (61). Reflexiona detenidamente en esta conferencia sobre las traducciones que mejoran el original (una idea ya expresada en su ensayo sobre Beckford incluido en *Otras inquisiciones*), pero anota que, aunque él piensa que las versiones que hace Stefan George de Baudelaire son mejores que el propio Baudelaire, aun así «esto no le hará ningún beneficio a Stefan George ya que los que están interesados en Baudelaire —y yo he estado mucho más interesado en Baudelaire— piensan en estas palabras como propias de él» (74). Esta observación es una glosa de una idea dicha antes en el mismo párrafo, la de que «una traducción nunca es juzgada verbalmente. Debería ser juzgada verbalmente, pero nunca lo es» (73-74). Borges se encamina a una interesante idea acerca de que la belleza de un poema —sea en el original o en la traducción— importa a muchos escritores menos que las circunstancias de la belleza del poema. La razón por la cual la «voz» de Baudelaire en el francés original importa es debido a

que esa «voz» es interpretada como «proveniente» del autor y desde «el contexto de toda su vida» (74).

Al final de la quinta conferencia Borges dice que su última charla versaría sobre «un poeta menor —un poeta cuyas obras nunca leo, pero un poeta cuyas obras tengo que escribir» (95). Esta irónica presentación de sí mismo nos lleva a una magnífica conferencia de cierre donde comenta que siempre se pensó a sí mismo «como un ser diterario» (100) y que «el hecho central de mi vida ha sido la existencia de las palabras y la posibilidad de tejer con esas palabras poesía» (100). Curiosamente, sin embargo, esta última charla se enfoca sobre todo el placer que él obtiene al leer literatura. Y este placer fue el que Emily Dickinson llamó «slant» [oblicuo], como observa Borges hacia el fin de esta última conferencia:

Ya no creo en la expresión: sólo creo en la alusión. Después de todo, ¿qué son las palabras? Son símbolos de recuerdos compartidos. Si uso una palabra, entonces deberían experimentar algo de lo que la palabra representa. Si no, la palabra no quiere decir nada para ustedes. Yo pienso que sólo podemos aludir, sólo podemos tratar de que el lector imagine. El lector, si es suficientemente listo, puede ser satisfecho con nuestra sola sugerencia de algo no dicho. (117)

Este libro es la cristalización de reflexiones anteriores (uno reconoce aquí ecos de los ensayos sobre Dante, por ejemplo), aunque éstas gozan de autonomía. A su manera, estas charlas son una excelente introducción a Borges, así como una elegante suma de sus pensamientos sobre la literatura.